

COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE DE SALDAÑA, Y HECHOS DE BERNARDO DEL CARPIO.

SEGUNDA PARTE.

DE DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>El Rey Don Alfonso el Casto.</i>	***	<i>Doña Sol, Dama.</i>	***	<i>El Rey de Francia.</i>
<i>Bernardo del Carpio, Galan.</i>	***	<i>Doña Lecnor, Dama.</i>	***	<i>Roldán.</i>
<i>Tancredo, Galan.</i>	***	<i>Inés, Criada.</i>	***	<i>Oliveros.</i>
<i>Brabonél, Moro.</i>	***	<i>Música.</i>	***	<i>Pierres, Gracioso.</i>
<i>Monzon, Lacayo.</i>	***	<i>Soldados.</i>	***	<i>Acompañamiento.</i>

()

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Don Alfonso y Músicos.
 Rey. **C**antad, que las penas mías
 bien piden remedio igual:
 si el canto espanta los males,
 libradme de ellos, cantad.

Cantan. A la virtud excelente
 de la pura castidad,
 que á los Angelés imita:—

Rey. Ea; basta, no canteis mas,
 que ni admito la lisonja,

ni quiero que me digais
 los méritos que pretendo,
 y que no puedo alcanzar.
 D. spejad, dexadme solo.
Music. No hay quien le acierte á agradar.

Vanse los Músicos.

Rey. Que poco alivian las penas
 ajenas voces! Qué mal,
 donde no hay propios suspiros,
 propios desahogos hay!

El Conde de Saldaña,

La música, deleytando,
 aviva el discurso, y mas,
 quien mas delgado discurre,
 se comunica al pesar,
 que adelgazado el ingenio
 siente mas agudo el mal,
 y aquello que ser pudiera
 desahogo ahoga mas.
 Con el disgusto y la pena
 del desacierto que ví,
 tan contra mí y contra sí
 propia en mi hermana Ximena,
 escribí á Cárlos Martél,
 que ocupa en Francia la Silla,
 que le entregaría á Castilla,
 dilatando su Laurel
 con el Español blason:
 y él, á pesar de Bermudo,
 quiere poner en su Escudo
 las Lises con el Leon.

Tan arrepentido estoy
 de aquel colérico arrojó,
 que diera todo el enojo
 de ayer por la pena de hoy.
 O cómo ya el alma siente
 cuánto un desacierto pesa!
 Y quien promete de priesa,
 qué de espacio se arrepiente!
 Pero al fin, se ha de buscar
 el remedio, y no le dudo,
 que Dios querrá que Bermudo
 llegue en España á reynar.
 Que vaya Bernardo quiero
 á Francia, pues claro está,
 que del empeño saldrá
 mas fácil que mi heredero.
 El viene, y por justa ley
 le debo estar obligado,
 que nació para Soldado
 si Bermudo para Rey.

Salen Bernardo del Carpio y Monzon con luto.

Bern. A los pies de vuestra Alteza
 lastimado, señor, vengo,
 no ya con la antigua queja,
 de tanto dolor exemplo,
 sino con temor de haber
 vuestros enojos dispuesto.

Rey. Es luto por vuestro padre?

Bern. No señor, que aunque le debo
 demostraciones iguales,
 y aunque como hijo siento
 su muerte, á las honras vuestras
 es mucho mas lo que debo.
 No es por mí padre este luto,
 no señor, porque muriendo
 con tanto lustre, mas pide
 su muerte galas que duelo.
 Por otro padre, señor,
 que lo fué mio algun tiempo,
 es el luto.

Rey. Qué decís?

Bern. Que el Conde D. Rubio es muerto.

Rey. Cómo?

Bern. Fué desdicha mia:
 atended, señor.

Rey. Ya atiendo.

Bern. Estando en mi quarto algunos

Hidalgos y Caballeros
 jugando las armas, todos
 bizarros, nobles y diestros,
 presente el Conde Don Rubio,
 Favila, Ordoño y Tancredo,
 hube de tomar la espada,
 y apenas ocupé el puesto,
 quando el Conde se arrojó
 determinado y resuelto
 á tomarla contra mí.

Yo, con el justo respero,
 que siempre le tuve al Conde,
 rehusé el lance, diciendo:

Señor, pasados enojos
 ya en mí se desvanecieron;
 ya murió en mi noble sangre
 la enemistad, mas no ha muerto
 la memoria de que os tuve
 por padre: con vos no puedo
 medir la espada; mas él,
 con mi humildad mas soberbio,
 mostrando aquel odio antiguo
 y antiguo aborrecimiento,
 sin responder me embistió
 tan determinado y ciego,
 que hube para defenderme
 de poner la espada en medio.
 Cogíomela con destreza,

y yo librando y siguiendo
el lance, merí una punta,
que por el párpado izquierdo
entrando, salió el boton
ensangrentado al cerebro.
Fatal desdicha del Conde!
Fató luego y murió luego;
pero tan sin culpa mia,
como lo dirán los mismos
que con la hermosa Leonor
su hija vienen á veros.
Yo lastimado del caso,
por no parecer sangriento
ni vengativo, y por ser
tan impensado el suceso,
quise en este negro luto
publicar mi sentimiento.
Si soy culpado, señor,
si algun castigo merezco,
á vuestros Reales pies
con toda obediencia llego:
espada teneis, á ella
cruzo el brazo y rindo el cuello.

Rey. Raro y peregrino caso! *ap.*

Bernardo, aunque no podemos
saber de vuestra intencion
lo íntimo y lo secreto,
si fué efecto de la ira
ú de la defensa efecto,
si colérico os vengasteis,
ó piadoso con vos mesmo,
de la defensa nació
tan raro acontecimiento
(siendo así que suele haber
en los errores acierto)
quando en caso tan dudoso
la ley pida el escarmiento.
siempre se ha de presumir
lo mejor: pero primero
se ha de oír á la otra parte.

Bern. A vuestros pies estoy puesto,
y ya Leonor á ellos viene.

Salen Leonor y Tancredo acompa-
ñandola.

Leon. Señor:--

Tanc. Señor:--

Leon. De mi padre
la muerte:--

Tanc. Del mas atento

Vasallo en vuestro servicio:--

Leon. Del mayor servidor vuestro:--

Rey. No me partais las razones,
diga uno solo el intento,
porque ni entiendo á Leonor,
ni á quien la acompaña enciendo.

Leon. Pues, señor, yo hablo por ambos,

y ya que conozco y veo
la desgracia de mi padre,
ni me agravio ni me quejo
de Bernardo, que presumo,
discurro, imagino y pienso,
que fué castigo sin duda,
que fué permission del Cielo.
Bernardo no tuvo culpa,
ni á culparle, señor, vengo:
y quando alguna tuviera,
os pido, suplico y ruego
le perdoneis, dando al mundo
de vuestra piedad exémplo.
Fué Bernardo hermano mio
en la niñez, y pudieron
la crianza y el cariño
(con qué dolor lo refero!)
criar en nuestras entrañas
mucho amor y parentesco.
A esto he venido, señor:
Favila, Ordoño y Tancredo,
que en el suceso se hallaron,
saben que es este mi intento.
Piedad os pido, señor,
no venganza: valga el ruego
y el llanto de quien adora
vuestro soberano imperio.

Tanc. Señor, ello fué un acaso
solicitado del mesmo
Conde, que Bernardo siempre
rehusó prudente y cuerdo.

Rey. Creolo como decís.

Leon. Creed, señor, que aunque veo
en Bernardo vuestra sangre,
y que por sobrino vuestro
pudieran acobardarme
tan merecidos respetos,
soy yo tal, que si creyera,
ó culpa ó duda en el duelo,
con las manos, con los dientes

El Conde de Saldaña,

4
le matara, vive el Cielo,
hasta que mi honor quedara
del agravio satisfecho:
mas sé que culpa no tuvo.
Este piadoso concepto,
para quererle y amarle,
borra todo lo sangriento:
yo como á hermano le estimo.
Rey. Bien sabe Dios, que me alegro *ap.*
de oír disculpar á Bernardo,
que le ha menester el Reyno.
Leonor, si el suceso fué
tan sin culpa, yo no tengo
cuchillo contra inculpables:
alzad, alzad, que yo quedo
por vuestro padre desde hoy.
Leon. Hágaos muy dichoso el Cielo.
Bern. A quien con tanta nobleza
ha hablado por mí, no tengo
que ofrecer persona y vida,
mas todo junto lo ofrezco.
Vuestro hermano fuí algun día,
Leonor, y hoy á serlo vuelvo,
y á ser, como vuestro hermano,
amparo y defensor vuestro.
Tanc. Qué nobleza! qué valor!
Monz. Mi amo anduvo tan cuerdo,
como arrojado otras veces;
pero asegurarte puedo,
que fué la muerte del Conde
á gusto de todo el Pueblo;
y si no, diganlo todos
quantos me lo están oyendo:
por la vista fué la herida,
no carece de misterio,
que él por la vista ofendió
á su padre y murió ciego.
Leon. Señor, con vuestra licencia
retirarme ahora quiero.
Rey. Mejor será, que os quedeis
en Palacio.
Bern. Lo agradezco. *ap.*
Con Doña Sol en mi cuarto,
puesto que el quarto está dentro
de Palacio, estará bien,
por ella y por mí os lo ruego.
Rey. Del mismo parecer soy.
Leon. Por tanta merced os beso

los pies, invicto señor.
Tanc. Vamos.
Leon. Yo logré el intento.
Tanc. Al Rey agradó tu accion.
Leon. Lo que á mi atencion le debo,
no es posible que lo olvide.
Tanc. Leonor de mi vida es dueño.
Vanse Leonor y Tancredo.
Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
pues tanta dicha teneis,
que obligais quando ofendeis,
sin dar lugar al castigo;
pues que vuestra dicha es tanta,
que os disculpa persuadida
la misma parte ofendida,
cosa que admira y espanta:
á un caso bien peligroso
os convidó, pues que Dios
quiso vincular en vos
lo valiente y lo dichoso.
Dexad los lutos, que están
desluciendo lo gallardo,
vestíos de gala, Bernardo,
que os he menester galan.
Bern. Señor, siempre á vuestros pies
mi voluntad, con mi vida,
postrada estará y rendida.
Rey. Al arrogante Francés
habeis de ir con Embaxada
mia, y ha de ser tan presto,
que yo reconozca en esto
vuestro amor.
Bern. Aquesta espada,
brazo y aliento, que están
pos vos siempre que se mueven,
serán vientos que me lleven,
y alas que me volverán:
pero qué intenta el Francés?
Rey. Es reservado secreto
á mí y á vos. *Bern.* En efeto,
vos me lo direis despues
en ocasion mas decente?
Rey. Vedme luego, y luego sea,
que importa que Francia vea
vuestro espíritu valiente.
Bern. Creed, señor, que pues sé
que nací hijo en España
del gran Conde de Saldaña,

y su nobleza heredé;
y pues vuestra esclarecida
sangre dá aliento á mis venas,
vereis las Historias llenas,
en el folio de mi vida,
de una y otra heroyca hazaña.

Rey. Creolo en vuestro valor. *Vanse.*

Bern. Aun muerto os sirve, señor,
en mí el Conde de Saldaña.
Monzon, qué dices?

Monz. Señor,
que el discurso me inquieta,
y que es peligrosa treta
en tí la de Embaxador.
Tu padre lo fué, enviado
del Rey, mas con tal fortuna,
que en el Castillo de Luna
quedó ciego y sepultado:
quiera Dios que no llevemos
carta y Embaxada igual.

Bern. Eso es pensarlo muy mal.

Monz. Es temer lo que debemos;
solo que lo consideres
te pido, en nada te aquejo:
oye, señor, mi consejo,
y haz despues lo que quisieres.

Bern. Qué puedes tú aconsejarme
contra la obediencia mía?

Monz. Nada.

Bern. Luego tu porfia
mira á desacreditarme.
No puede estar ofendido
el Rey, Monzon, de mi sér,
que ni le ofendí al nacer,
ni despues de haber nacido:
mi tio es el Rey y sabe
que tiene su sangre en mí,
y que siempre le serví.

Monz. Sí, pero es negocio grave
el ir á Francia.

Bern. Qué importa
para mí tan alta hazaña?
sabrán, que como en España,
en Francia mi espada corta.
Y contra sus desafueros,
en mi espíritu gallardo,
conocerán á Bernardo
sus Roldanes y Oliveros.

Y dexa porfia igual,
porque arrojando centellas,
te estrellaré en las Estrellas,
si del Rey presumes mal.

Monz. Sobrino por la tetilla
eres del Rey, yo un Criado,
que por no verme estrellado,
callaré como en tortilla.
A Francia iré, y aunque apures
la dificultad allí,
no han de hallar flaqueza en mí
sus Pares y sus Monsiures;
ántes en las ocasiones
que se ofrezcan de importancia,
con su soberbia arrogancia
jugaré á pares y á nones.

Salen Sol muy de gala é Inés criada.

Sol. Bernardo, dueño, señor,
(qué disgusto! qué pesar!)
tú con luto? qué es aquesto?
debes por ventura mas
al Conde Rubio que á mí?

Bern. No culpes mi autoridad,
que esto me debo á mí mismo;
y á su hija, que vendrá
por huéspedeta tuya, debo
quedar con el Rey en paz.

Sol. Hasta el Salon he llegado,
temiendo, temiendo ya
en tu vida, que es mi vida,
algun peligro ó azar.

Bern. El Rey me ha hecho gran merced.

Sol. Dios guarde á su Magestad.

Bern. A la Embaxada de Francia
me envía, mira si es tal,
que corresponde á quien soy,
y que la debo estimar.

Sol. Por Embaxador á Francia?

Bern. Sí, bien mio.

Sol. Qué pesar!

ap.

Monz. Si señora; y porque yo
de la Embaxada hablé mal,
por una ventana de estas
me ha querido despeñar.

Sol. Tuvo razon; pues tú, necio,
barbaro, indigno, incapaz,
en cosas de tanto peso
te atreves á aconsejar?

Monz.



Monz. Otro demonio tenemos?

ap.

Estos, señores, están por lo grandes padeciendo martirio en su autoridad.

Sol. Pues, necio, puede mi esposo, puede Bernardo faltar á la obediencia del Rey?

Monz. Faltar? yo no dixé tal, mas puede remer.

Sol. No puede.

Monz. Pues, señora, no haya mas, ni tema, deba ni pague, vaya y quedemos en paz.

Sol. Y qué es la Embaxada?

Bern. Yo no lo sé, el Rey lo dirá.

Sol. Si todos, Bernardo, somos del Rey, á su voluntad está sujeta la vida, no hay honra donde él no está.

Bern. Dame los brazos, bien mio, que ese valor monta mas, que quanto registra el Sol, y que quanto inunda el Mar. Con la Embaxada me espera el Rey, y me tardo ya: Dame de vestir, Monzon, que el Rey me manda dexar los lutos, y que de gala vuelva á verle.

Sol. Bien está: no te aborrece, Bernardo, quien te quiere ver galan.

Monz. Voy volando, y dexa el luto. *Vanse.*

Bern. Ahora Leonor vendrá, á quien, como á hermana mia, en mi casa has de tratar.

Sol. Si haré, pues que tú lo mandas, que en mí es ley tu voluntad.

Sale Monzon.

Monz. Vamos, señor, ven aprisa, que el Rey esperando está.

Bern. Prevén caballos en tanto, que ya Inés me vestirá.

Monz. Ya están, señor, prevenidos el cisne y el alazan.

Quitase el luto, y vistenle Sol y Inés

Bern. Al Rey besaré la mano,

y sin detenerme mas ni volver á verte, parto á París, conmigo van un Sol, un Rey y un Bernardo, que toda Francia no es mas.

Monz. Y un Monzon: que vive Christo (esto, señor, sin jurar) que llevo dentro del cuerpo todo un antubion y un zás.

Sol. Antes de partir quisiera, que llegases á mirar el marmol, que de mi padre noticia á los siglos dá.

Bern. Dices bien, quierole ver.

Sol. En este Salon está entre los claros Varones de la familia Real.

Bern. Monzon, corre esa cortina.

Corre Monzon la Cortina, y descubre el Conde de Saldaña armado, y con baston de General y barba, y Bernardo se descubre.

Sol. Este es el original de la copia que en tí miro.

Bern. Y que me viene á enseñar, por las pautas de su vida, aun despues de muerto ya, como he de servir al Rey. Mira tú, Sol, quién podrá dexar de imitar tal padre, varon santo, tal lealtad, tales y tantas hazañas!

Dexa caer el Conde el baston.

Qué es esto, señor? me dais el baston? *Alzale Bernardo.*

Sol. Valgame el Cielo! qué prodigiosa señal!

Monz. Aun despues de muerto el Conde ha vuelto á representar su segunda parte al mundo.

Bern. Baston, gran mano dexais: mas si en ella fuisteis rayo, y yo no puedo ser mas, ni tanto, que ningun hijo pudo á su padre igualar: yo os prometo ser centella, tan parecida é igual al rayo, que dude el mundo

lo que de hijo á padre vá.
Hagate Dios mas dichoso:
pues quién pudo serlo mas?
Corre, Monzon, la cortina,
porque pueda mi humildad
delante de aquella sombra
cubrirse, que estaré mal
en su presencia cubierto.

Corre Monzon la cortina, y Bernardo se cubre.

Sol. Respeto á su sangre igual.

Bern. A Dios, *Sol.*

Sol. A Dios, Bernardo.

Bern. Lloras?

Sol. Agraviado me has.

Bern. Pues qué es eso?

Sol. Reprimir

el corazon todo el mal.

Bern. Lloras hácia dentro? *Sol.* Sí.

Bern. Ese es el mayor llorar,
que lágrimas detenidas

duelen mucho y cuestan mas:

*Salen el Rey de Francia, Roldán, Oliveros
y Pierres gracioso, criado de Roldán.*

Rey. Vasallos míos y valientes Pares,
de quien tiemblan del uno al otro Polo
los montes, las campañas y los mares,
á cuyo valor solo
Europa se estremece,
Asia zozobra y Africa enmudece:
sentid, con la razon que os acompaña,
de Alfonso el Casto, último Rey de España,
la palabra fingida,
que á la venganza y la invasion convida.
El, á la castidad que sigue atento,
en tan alta virtud siempre contento,
hallándose sin hijo ni heredero,
me escribió, que en mí el Reyno renunciaba.
y aceptándolo yo, de solo el hecho
quedó adquirido aquel Real derecho.
Pero ahora he sabido,
que de la accion primera arrepentido,
á Bermudo ha llamado
su sobrino, y le tiene ya jurado
por Príncipe de Asturias: esta ofensa
pide igual recompensa.
A este valiente empleo
os compete pasar del Pirineo,

pero no llores, bien mio.
Sol. A Francia, Bernardo, vá?

Bern. Voy á obedecer al Rey.

Sol. Dios te vuelva.

Bern. Dios lo hará.

Sol. Sabes lo que es una ausencia?
sabes qué es ausente amar?

Bern. Fuego, que abrasando yela,
yelo, que abrasando está.

Sol. Pues si eso conoces, juzga
cómo podré yo quedar.

Bern. Como quien está en mi alma,
que aunque voy me quedo acá.

Sol. Sin ir te vás?

Bern. Sí, que el alma
se parte, mas no se vá.

Sol. Quién supo vencer su afecto?

Bern. Quien de honor se supo armar.

Sol. Luego vencer es posible?

Bern. Victorioso me verás.

Sol. Victorias alcances muchas.

Bern. Todas á tus pies están.

Vanse.

que

El Conde de Saldaña,

que nos divide , haced camino y calles,
para triunfar de España en Roncesvalles.

Rold. Señor , tus soberanas atenciones
piden , que de tu Ejército coronen
los montes y campañas.

Qué es España , señor ? muchas Españas
Roldán te ofrece , aumenta tus blasones,
poniendo entre tus Lises sus Leones.

Oliv. Y á tus pies Oliveros
humildes los pondrá , quando mas fieros.

Rey. Mucho ofreceis , amigos.

Rold. Ya de nuestro valor serán testigos
las futuras edades:

Francia es la Magestad de Magestades,
á su nombre , á su voz , á su fortuna,
caduca y tiembla el Orbe de la Luna.

Pierr. Ea , señor , que Pierres tu criado
tambien tiene vislumbres de encantado,
y tiene en la campaña

llave maestra para el cierra España,

que en la paz y en la guerra

abro por medio á España quando cierra,
y en ella he sido:-

Rold. Qué ?

Pierr. Para hacer daños,

amolador he sido muchos años,

y volví á Francia llenos los bolsillos
de vender fuelles y amolar cuchillos.

Tocan una Trompeta.

Réy. Qué es esto , Roldán ?

Rold. Señor,

un Embaxador de España,
á quien el Pueblo acompaña,
que ahora ha entrado sin rumor
en París.

Rey. A pensar llego,
que el Rey lo ha de hacer mejor,
pues envia Embaxador:
recibidle y entre luego.

*Llegan al paño á recibirle , y salen Bernar-
nardo y Monzon.*

Bern. La mano , señor , os pido,
deslumbrado á tanto sol.

Rey. Bizarro es el Español: *ap.*

Alzad , y seais bien venido.

Cómo queda Alfonso ?

Bern. Ya,

si á mi embaxada atendeis,

su intento y salud sabreis:
siempre vuestro.

Rey. Bien está.

Bern. Alfonso , Rey de Leon,
mi Señor , llamado el Casto,
cuya virtud negó al mundo,
y á la sucesion el paso:

teniendo por mas seguto
el ser á Dios consagrado,
que humanas prosperidades,
y que respetos humanos:

Sin embargo que tenia
una hermana , y sin embargo
que Bermudo su sobrino
estaba afecto á heredarlo,
por algunos accidentes

(que ahora no son del caso)

os llamó a la sucesion,
como heredero inmediato:

que fué así , vos lo sabeis,

y él nunca podrá negarlo.
Mas coléricas acciones
é impulsos arrebatados,
en la consideracion
piden término y espacio.
Tal vez busca el precipicio
el que despues reportado
se enmienda, y á mejor luz
vé el yerro, y huye el fracaso.
Lo que os ofreció, señor,
no es posible executar,lo,
y quien ofrece imposibles
siempre estará disculpado;
pero quando el Rey quisiera
cumplir con vos el contrato,
el Reyno, sin duda, el Reyno
se lo estorbara bizarro:
y yo, que soy su sobrino,
aunque en esta parte valgo
poco, perderé mil vidas
ántes que se llegue el plazo.
Primero del mar las ondas
tendrán perpetuo descanso,
y el Sol dexará de andar
las estaciones del año,
que se consiga el intento:
porque para executar,lo,
ni el Sol ni el Mar ni los Cielos
se concederán á tanto.
Esto me manda que diga,
vos, como prudente y sabio,
tomareis mejor acuerdo,
y yo la respuesta aguardo.

Levántase el Rey, y vase sin responder.

Sin responderme, señor,
vuestra Magestad se vá?

Rold. Ya la respuesta os dará
un trompeta y un tambor,
que pues no responde nada,
serán, quando á España marche,
las claras voces del parche
respuesta de la embajada.

Bern. Huélgome de haber sabido
de vos la resolucion,
porque tambien del Leon
en Francia se oirá el bramido.

Rold. Siempre con estos Leonos
los Españoles nos dan.

Sabeis que hablais con Roldán?

Bern. Sé que en todas ocasiones
sois de espíritu gallardo;
mas pues así os declarais,
tambien quiero que sepais,
que quien os habla es Bernardo.

Rold. Quién es Bernardo?

Bern. No sé,
un hombre que el Rey envia,
y él lo dirá algun día.

Rold. Yo en España os buscaré,
donde si de ardientes rayos
os coronase la Esfera,
á una voz mia se viera
todo horror, todo desmayos.
Y ahora si con la atencion
de Embaxador no os mirara,
con mi aliento os arrojara
desde Paris á Leon.

Monz. Gran caso fuera, imagino, *ap.*
que por ese breve atajo
nos escusara el trábajo
y la costa del camino.

Oliv. No te parezca arrogancia,
y solo es bien que repares,
que hablas con los doce Pares
de Francia, y que estás en Francia.

Bern. Cerrar á la ofensa el labio, *ap.*
es accion cuerda y prudente;
pero es mejor ser valiente
loco, que ofendido y sabio.
A Reynaldos, á Oliveros
y á Roldán puedo yo hablar,
porque me sé hacer lugar
entre propios y Extrangeros.
Si Roldán dá al mundo espanto
con su encanto importa nada,
porque no tiene mi espada
para empezar en su encanto.

Rold. Estás, Bernardo, engañado,
que yo encantado no he sido,
por no ser jamas vencido
me llamaron encantado:
y que has de decir espero,
lo mismo, que digo aquí,
que no hay mas encanto en mí,
que este brazo y este acero.

Bern. Pésame de saber tanto,

porque ya es fuerza creer,
que habrá ménos que vencer,
si está vencido el encanto.

Oliv. Tus amenazas parecen
mas locura, que valor.

Rold. Las leyes de Embaxador
le amparan y favorecen.

Oliv. No es matarte grande hazaña,
y por eso no lo hacemos.

Rold. Ya en España nos veremos.

Bern. Yo os aguardaré en España:
y aquí, sin que de esas leyes
podáis decir que me valgo,
sustentaré con la espada,
cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,
que no hay mas Rey en el mundo,
que el Rey Don Alfonso el Casto
mi Señor, cuyo derecho
de siglo en siglo ha heredado
desde el Padre de las Gentes.
El mundo es su Mayorazgo,
y todos los demas Reyes,
como de segundo hermano
son ramas cortas, descienden
de aquel tronco y de aquel arbol.
Solo el Español es Rey,
y á quien diga lo contrario,
desde luego (con la salva
debida á tanto Palacio)
le reto y le desafio,
y en la campaña le aguardo:
al invencible Roldán,
á Oliveros y á Reynaldos,
y á todos los doce Pares
incito, provocho y llamo,
para que en aqueste acero
conozcan quien es Bernardo.
Solo estoy, mas no tan solo,
que si de razon me cargo,
quando estoy conmigo mismo,
yo solo, yo solo basto.

Rold. Has acabado de hablar?

Monz. Hasta ahora no ha comenzado,
aguárdense y lo verán.

Bern. Yo, quando empiezo, no acabo
ménos que con mucha sangre.

Rold. Tu aliento me ha enamorado.

Bern. Dios te guarde, hasta que yo,

Roldán, te pague amor tanto.

Rold. Ya habrá ocasion, en que puedas
sustentar lo que has hablado.

Oliv. A España á buscarte iremos.

Bern. Antes que en ella deis paso
os saldré yo á recibir,
y vereis como marchando
con los mejores de Asturias
sale de Leon Bernardo.

Rold. Vete en paz.

Bern. Parto ofendido
del desaire de haber dado
tu Rey la espada á mi Rey,
y á mí, que sus veces traigo.
De enojo y cólera lleno
el pecho valiente parto,
por no poder:- pero ya
satisfaré tanto agravio,
bebiendo sangre Francesa,
hasta que se apure el vaso.

Monz. O claro honor de Castillal
ó Español el mas bizarro!

Bern. A Dios, valerosos Pares,
hasta que á ver nos volvamos.

Rold. Presto será.

Bern. Dios lo quiera.

Rold. Si querrá.

Bern. Dame la mano,
de que en la ocasion primera
me has de buscar en el campo.

Rold. Tomá ese guante. *Dásele.*

Bern. Agradezco
la señal.

Rold. Yo iré á cobrarlo.

Bern. De tu valor nunca dudo.

Rold. Roldán soy.

Bern. Yo soy Bernardo.

*Vanse á entrar, y sale el Rey de Francia
y detienele.*

Rey. Tened, que lo que decís
en favor de Alfonso el Casto,
Rey de Leon, contradigo,
y vos debeis sustentarlo.

Bern. Señor:-

Rey. No os turbeis.

Monz. No hará,
que en su vida se ha turbado.

Bern. De nuevo vuelvo á decir,
que

que en los límites de humano,
no hay en el mundo mas Rey,
que mi Rey, y á sustentarlo
en una justa me ofrezco,
á todo trance empeñado.

Rey. Dónde?

Bern. En París vuestra Corte,
y dentro de un breve plazo.

Rey. Mucho os debe el Rey, mas sois
sangre suya, y no me espanto:
grande arresto! gran valor! ap.

De mis armas quiero daros
las que vos en mi Armería
escogéredes, Bernardo,
para sustentar lo dicho,
y el mejor de mis Caballos.

Bern. La merced, señor, estimo,
mas quando de España valgo,
no vengo desprevenido,
armas y Caballos traigo:
dos zéfiros Andaluces,
que yo mismo he manejado,
me sacarán del empeño,
que son Españoles ambos:
hasta el Caballo ha de ser
Español: de vuestro amparo
y seguro necesito.

Rey. Ese no podíá faltaros
á vos, valiente Español.

Rold. Mas tiene de temerario.

Rey. Id á preveniros luego.

Bern. A poner carteles parto,
un Sol será mi divisa,
conózcáme el Lirio Franco
por Español en el Sol,
cuyos rayos idolatro.

Monzon, á alistar mis armas,
mi vida es de mi Rey.

Rey. Tanto ap.
puede esta virtud, que estoy
de su aliento aficionado.

Bern. En lo que he dicho me afirmo.

Rold. Ya lo pagarás con llanto.

Bern. Qué valor!

Rold. Qué valentía!

Bern. Viva Alfonso.

Rold. Viva Carlos.

JORNADA SEGUNDA.

Suena dentro ruido de armas.

Dentro. Matadle, muera, no vuelva
á España ese monstruo fiero.

Otro. Sígale un monte de acero,
y de lanzas una selva.

*Sale Bernardo armado, con un Sol por
divisa y Monzon, ambos con las espa-
das desnudas, y tras ellos Roldán con
el rostro sangriento, y Olive-
ros y Pierres.*

Bern. Todo es menester, y aun son
pocos para tanta hazaña,
que nací monstruo en España
de una Tigre y de un Leon.

Rold. Ahora verás si podrás
librarte de mis aceros.

Sale el Rey de Francia.

Rey. Qué es aquesto, Caballeros?

Baste, bizarro Roldán,
Bernardo, valiente muro
de su Patria, sustentó
lo que dixo y mandé yo,
debaxo de mi seguro.
Ley es mi palabra, y ley,
que aquí no puede faltar,
porque así quiero enseñar
á un Rey como ha de ser Rey.
Si la fortuna os aqueja,
ó contraria ó importuna,
quejaos de vuestra fortuna,
pero de él no tengais queja.

Oliv. Hirió:-

Rey. Basta que el valor
sin duda perdido habeis,
pues de nuevo os ofendeis
alabando al vencedor:
tenga el que en la ofensa se halla,
sin volver á repetirla,
pundonor para sentirla,
y esfuerzo para vengalla.

Rold. Vuestra Magestad, señor,
dice muy bien, que esto ha sido
(viendo mi rostro ofendido)
desacierto y no valor.

De la ira y la venganza
me dexé llevar, y es cierto,
que tambien fué desacierto
el ofenderme su lanza.

Rey. Estoy de vos satisfecho,
y de vuestra bizarría,
pero en la presencia mia
y en Francia fuera mal hecho.

Rold. Yo iré á España, señor,
y aunque por vos recibida,
me curaré de la herida,
pero de la ofensa no:
porque en justa recompensa,
ya obediente, ya ofendido,
si aquí obedezco advertido,
allá vengaré la ofensa. *Vanse.*

Bern. Señor, si en algo he faltado
al decoro merecido,
á vuestros Reales pies
con toda humildad me rindo.
Yo soy vasallo de Alfonso,
lo que en su favor he dicho
volveré á decir mil veces,
si hubiese otros mil peligros,
que contrarios se opusiesen
á la verdad que repito.

Rey. Eso está de mas, Bernardo,
valeroso habeis cumplido
con la lealtad de vasallo,
con el amor de sobrino
de Alfonso, mas él no cumple
lo que me tiene ofrecido.

Bern. Es, porque no fuera buena
razon de estado el cumplirlo,
teniendo tres herederos.
Pudierais el Franco Lirio
mandarlo á Rey Extrangero?
no fuera inválido arbitrio,
que no consintiera el Reyno?

Rey. Francia esa ley ha admitido,
mas en España no corre.

Bern. Está, señor, muy bien dicho.
Vive Dios (dexando aparte
el amor, que en mí es preciso
de mi Rey y de mi Patria,
á quien igualmente sirvo)
que me han de ver vuestros Pares,
como ya en Francia me han visto,

sangriento brazo de Marte,
para estorbar sus designios.

Monz. Ya escampa.

Rey. Mi Reyno diera *ap.*

por un vasallo tan fino.
Idos, Bernardo, volved
á vuestra Patria, advirtiendo,
que soy yo quien os defiendo,
y ahora os respondo: atended.
A Alfonso direis, que yo
hago esto, y que rinda el cuello
al cumplimiento de aquello,
que como Rey me ofreció.
Que la fe y palabra dada
cumpla yo de aquesta suerte,
quando para vuestra muerte
veis tanta valiente espada.

Que honre en esto su Corona,
dándole mayor laurel,
pero que si falta en él,
iré al remedio en persona.

Bern. Mucho, señor, sentí,
que vos en persona vais,
por lo mucho que arriesgais,
y porque de España sé,
que lo que el Rey prometió,
no lo ha de querer cumplir.
Yo siempre os he de servir,
pero contra España no
ni contra mi Rey, que fuera,
quando en la ocasion me hallo,
mal pariente, mal vasallo,
y Español de baxa esfera;
siendo tan fino Español,
como ha visto la arrogancia
de Francia, á quien llama Francia
el Caballero del Sol.

Monz. Y Sol, cuya ardiente llama
goza en esfera mas pura
del Sol toda la hermosura,
y por eso Sol se llama. *sb*

Vanse Bernardo y Monzon.

Oliv. Que dexeis, señor, volver
á España tanto enemigo!

Rey. Oliveros, no hay castigo
en quien no pudo ofender. *Vanse.*

Salen Tancredo y Leonor.

Tanc. Leonor, en tí respaldece

mi esperanza: y si mi amor
es digno de tu favor,
lugar la ocasion te ofrece:
mucho quien ama mereces
callando en la luz que das
vivo yo, y tambien tendrás
experiencia, Leonor bella,
qué una amorosa centella
quando calla siente mas.

Leon. Tancredo, aunque el nombre Godo
te lleve á la presuncion
de merecer, no presumas
que mereces mas que yo.
Hija del Conde nací,
y aunque ya sin padre estoy,
quien sin querer le dió muerte,
aun mas que yo lo sintió.
La satisfaccion de amante,
ni la pido ni la doy,
solo á tu amor satisfago,
porque no digan que yo,
quando de honrada me precio,
niego esta satisfaccion.
Pero advierte, que en llegando
al duelo y al pñdonor,
dexaré de ser muger,
y entre el aliento y la voz
seré lazo que aprisione
las alas del corazon:
seré asombro, seré fuego,
seré rayo y confusion,
no contra tí, contra mí,
que soy quien le ocasionó.
Y así, mas piadosa digo,
que agradezco tu aficion,
que estimo tu afecto, y debo
reconocer tanto amor.
Bernardo es hermano mio,
el Rey es mi padre, y yo
no puedo elegir esposo
sin licencia de los dos:
y aunque el Rey siempre es primero,
respondo á tu pretension,
que como Bernardo quiera:-
mas vete, que sale Sol.

Salen Dña Sol é Inés.

Sol. Leonor, amiga, qué es esto?

Leon. Una imprudente pasion,

una amorosa locura.

Sol. No me espanto, Leonor, no,
que vuestra hermosura obliga
al desacierto mayor.

El que enloqueció de amante,
siempre su disculpa halló
en la causa, y siendo tal,
justamente enloqueció;
mas los cuerdos Caballeros
deben templar ese ardor
con la modestia, que pide
la causa de su aficion.

Leonor, desde el triste dia
que su padre le faltó,
es mi huésped, y está
con la Real proteccion
sirviendo Bernardo en Francia,
y antes que él venga, es error
hablar en estas materias
conmigo ni con Leonor.

Tanc. Mi pretension, por honesta,
no merece ese rigor.

Yo, que á obligaciones tantas
no puedo faltar, y yo
que al decoro de esta casa
aun mas que obligado estoy,
os suplico perdoneis
de un noble afecto el error,
que no tiene amor mas ojos
de los que él mismo se dió.

Consideradlo, señora,
y pues os preciais de Sol,
sean aquí vuestros rayos
de su tiniebla esplendor,
de sus ceguedades vista,
de sus locuras razon.

Sol. Eso es buscar el camino,
que primero se perdió.

Tanc. Perdime y perdí el camino,
y espero, señora, en vos
hallarle.

Sol. Ya le hallareis
seguro en mi intercesion,
viniendo Bernardo.

Dentro Bernardo. Tén
esos caballos, Monzon.

Inés. Ay, señora, dicha extraña!
ya ha venido mi señor.

Sol. Salid todos, venga, venga

lo que deseando estoy.

Salen Bernardo y Brabonél, Moro, en trage de Christiano y Monzon.

Bern. Entra, Brabonél valiente.

Brab. Entro, Bernardo, en tu casa.

Bern. Verás al Sol, que me abrasa.

Brab. Seré Etíope en su Oriente,
de tanta luz ilustrado.

Sol. Esposo, amigo, señor?

llegué á la dicha mayor.

Bern. Yo en ella á verme abrasado.

Brab. Y yo entre tanta hermosura,
grandeza y lustre, concedo,
Bernardo, que hallar no puedo
mas dicha ni mas ventura.

Ya prevengo la victoria,
que desde este punto empieza,
por huésped de esta belleza,
por la dicha de esta gloria.

Bern. Sol, milagros has de ver,
que aun los rayos no los vieron
del Sol, que calza tu pie,
dando vuelta al Universo:
quién está aquí?

Tanc. Yo, Bernardo.

Sol. También es milagro el verlo
aquí, estando ausente tú.

Bern. No es milagro, que Tancredo
es mi amigo.

Sol. Y tan tu amigo,
que desea el parentesco
de Leonor.

Bern. De tu nobleza,
Tancredo, estoy satisfecho;
pero de tu bizarría
la satisfaccion espero:
qué dice Leonor? qué dice?

Leon. Yo soy tuya.

Sol: Y yo te ruego
favorezca:-

Bern. Basta, basta,
vuestra será; mas primero
la habeis de merecer vos,
empleando esos aceros
contra el Francés, que pretende
la conquista de estos Reynos.

Tanc. El Francés venga y el mundo,

que estando á tu lado puesto,
verá el mundo y el Francés,
como su mano merezco.

Inés. Ya estaba yo tamañita,
si no temblando, temiendo
que tocase á degollar
de Bernardo el duro acero.

Bern. Sol, el Rey está esperando
de mi embaxada el efecto:

Brabonél es nuestro amigo,
mucho en su amistad espero,
que aunque Africano, se viste
de Español por parecerlo.

Brab. Español soy y Africano.

Monz. Y yo que de Francia vengo,
tambien lo soy, pero traigo
un Paladin en el cuerpo.

Bern. A Dios, Sol.

Sol. A Dios, Bernardo:
vuelve presto.

Bern. Al punto vuelvo,
que solo pudiera el Rey,
á quien leal obedezco,
apartarme de tus ojos:
si bien volveremos luego
Brabonél y yo á darles
la batalla á saugre y fuego,
y he de volver victorioso.

Vanse Bernardo, Brabonél y Tancredo.

Sol. Con toda el alma te espero.
Leonor, si de la campaña
no te acobarda el estruendo,
yo he de seguir á Bernardo.

Leon. Tus órdenes obedezco.

Sol. Pelear para vencer
es el único remedio.

Leon. Viva el Monarca Español.

Sol. Viva el Español Imperio.

Inés. Viva quien la paz adora.

Vanse Sol y Leonor, y Monzon desiente á Inés.

Monz. Ya que no me has preguntado,
Inés, á fuer de criada,
el chisme de mi jornada,
ni lo que en Francia ha pasado;
yo, que rabio por decirlo,
te llamo á la relacion.

Inés. Estímolo yo , Monzon,
y hago lugar para oírlo.

Monz. A la Corte del Francés
vienen Naciones remoras,
y todos se calzan botas
en la cabeza y los pies.

Inés. Cómo es eso ?

Monz. Yo imagino,
que es contra los frios treta,
en los pies son de baqueta,
y en la cabeza de vino.
Andá el brindis á porfia,
haciendo un alegre trueco,
lo de Cándia con lo Greco,
lo del Rhin con Malvasía;
y quando ya la cabeza
anda por dar al través,
se arrojan sacando pies,
un socorro de cerbeza.
Al Español por mil modos
le pretenden derribar,
pero suelen encontrar
con quien los derriba á todos.
Al entrar á una Hostería,
dice una gavacha hermosa:
qual qui cosa , qual qui cosa
volite Vueseñoría ?
Aquí está el pavo , el faysan,
el capon , el francolin,
la vitela de Esterlin,
el chorizo de Absterdam,
el pernil de Algarrovilla,
la lamprea del Rodano,
el formache Parmesano,
la aceytuna de Sevilla;
y apénas yo le replico,
quando al asador clavada
sale una perdiz asada
con un limon en el pico:
uno por aquí anda apriesa,
otro allí dice volando,
y sin saber cómo y quando,
me hallo sentado en la mesa.
De suerte es su proceder,
y su cortesana arenga,
que harán comer á quien tenga
mala gana de comer.
Yo , que siempre la tenía

abierta de par en par,
con dexarme regalar
pegaba su cortesía.
París lugar de los Cielos,
solo eché ménos en él
aquella fuente de miel,
y el arbol de los buñuelos.

Inés. Y eso se dá sin dinero ?
porque de tu relacion,
lo que importa mas , Monzon,
te dexas en el tintero.

Monz. No , mas no es tan grande el gasto
como lo es en otras partes;
con tres sueldos y dos llates
comerás á todo pasto:
mas tambien te sé decir,
que es su ingenio tan delgado,
que todo lo que ha sobrado
hacen que vuelva á servir,
y con bien poco trabajo
zurzen de un pollo el alon,
á las piernas de un sison,
y á las pechugas de un grajo,
y forman una ave entera
con todos sus aderentes,
mas de quatro diferentes
linages como primera.
Con esto á tu quarto guia,
que ya quedó descansado
con haber desembuchado
esto que decir quería.

Inés. Ten , que falta mas , y aguardo
la embajada de tu boca.

Monz. Esto es lo que á mí me toca.

Inés. Y lo demás ?

Monz. A Bernardo.

Sale el Rey Alfonso.

Rey. Ya nueva he tenido ahora , q̄ ha llegado
ya Bernardo , y del pueblo acompañado
entró en Leon. Qué causa habrá tenido
para no haber venido
Bernardo á darme cuenta
de lo que Carlos dice , y lo que intenta ?

Tocan dentro un clarin.

Ya parece que viene , y ya parece,
que á mi deseo su lealtad se ofrece.

Salen Bernardo, Braboné, Tancredo
y Monzon.

Ber. Sin licencia, invicto Alfonso,
llega Bernardo á tus plantas,
humildé y vasallo tuyo,
y tu Embaxador de Francia.

Rey. Alzad, sobrino, y decid
el fin de vuestra Embaxada.

Bern. El fin, señor, no es posible,
pero los principios bastan.

Llegué á París, donde habiendo
precedido las usadas
ceremonias de aquel Reyno,
tuve la Audiencia ordinaria.

Hablé á Carlos en tu nombre,
proponiéndole las causas,
á tu intento favorables,
tan justas como Christianas.

Oyóme, y sin responder
volvió á mi rostro la espalda,
desestimó mis razones,
malogró mis esperanzas.

Respondiéronme los doce
Pares, quando solo estaba,
que me darían respuesta
rumbos, trompas y caxas;
y así, á riesgo de mi vida,
quando ya estaba arriesgada,
afirmé que solamente
era Rey el Rey de España
Alfonso, y que el Mundo era
Mayorazgo de su Casa.

Volvió Carlos, y mandó,
que mi opinion sustentara:
fixé públicos carteles
en las calles y en las plazas,
y en la de París entré
al plazo que señalaban,
sobre un zéfiro de nieve,
debaxo de cuya blanca
piel, un bolcan, un vesubio
centellas aprisionaba:
tan hijo del fuego, que
quando las piedras quebranta
con la herradura, parece
abrasada salamandra,
del fin cortando la espuma
del freno que muerde y tasca,

fenix entre los aromas,
mariposá entre la llama,
poblada crin y ancha cola,
no quiso que fuesen alas,
porque en cada pie tenia
un sacre á vuelo de garza,
un gerifalte, un neblí,
cuyas domésticas garras,
despreciando blanda arena,
huellas en el ayre estampan.
De blancas armas armado,
con un Sol que me alentaba
por divisa, que de Sol
fué cifra luciente y clara,
pisé el dilatado circo,
y la nobleza y las Damas
el Caballero del Sol
por la empresa me llamaban.
Entró Dudon el primero
bizarro á probar su lanza,
tocó el clarín, y partimos
á un tiempo Francia y España:
mas fué tan poco dichoso,
que á pesar de la estofada
forma del borrén, voló
desde la silla á la plaza.
Durandarte fué el segundo,
mas con la misma desgracia,
que aunque muy galan, aquí
no le aprovechó la gala.
El tercero entró Roldan,
soberbia torre con alma,
gigante, de cuyos nervios
se formaba una montaña:
confieso que recelé
la victoria, porque estaban
ya, despues de dos encuentros,
las fuerzas algo cansadas.
Mas acordándome entónces,
que desfiendo vuestra Casa,
y que soy hijo, señor,
del gran Conde de Saldaña,
cuyo valor siempre invicto,
ni se turba ni se aja,
puesta la lanza en el ristre,
y vuestro nombre en el alma,
diciendo España, partí
atropellando la balla:

partió Roldán contra mí
 en una robusta alfana.
 Llegámos al choque, y fueron
 hechas pedazos las astas,
 á buscar fuego á la esfera
 para volver abrasadas:
 pavesas al volver fueron,
 cenizas fueron llegadas,
 que de pavesa á ceniza
 hay muy pequeña distancia.
 Firme Roldán en la silla,
 como una roca animada:
 firme yo como yo mismo,
 que rocas no me aventajan,
 dímos fin al acto, y porque
 con la punta de mi lanza,
 entrando por la visera,
 le herí sin duda en la cara.
 Vertió púrpura sangrienta,
 y el Pueblo con voces altas,
 favoreciendo á Roldán,
 pidió contra mí venganza.
 Muera el Español, decían,
 de balcones y ventanas:
 Roldán herido no viva
 el que su sangre derrama.
 Yo conociendo el tumulto,
 y que ya no se aprestaba
 ninguno á justar, volví
 la rienda, mas no la espalda.
 A los balcones del Rey
 me fuí, quando ya llegaban
 juntos Roldán y Oliveros,
 esgrimiendo las espadas
 contra mí, y la Real presencia
 fué rémora de sus armas.
 Detuvo el curso á su furia
 (tanto la razon contrasta)
 aquí me dió la respuesta,
 señor, sede vuestra Embaxada.
 Decidrá Alfonso (me dixo)
 qué yo hago esto, y que si trata
 de no cumplir lo ofrecido,
 pasaré en persona á España:
 idos, Bernardo, con Dios,
 mi seguro siempre os valga.
 Partí con esto, señor,
 juzgando sus amenazas,

para despreciadas grandes,
 para prevenidas flacas.
 Vineme por Zaragoza,
 hablé á Matfírio, que estaba
 con este mismo recelo:
 caballos previno y armas
 en tu favor y en el suyo,
 con que á Brabonél despacha,
 que vestido de Christiano
 se disimula y disfraza,
 para que el Francés no entienda
 nuestra amistad y alianza.
 Es, aunque Moro, Español,
 es una valiente espada,
 gran Capitan, gran Soldado
 toda el Africa le aclama.
 El y yo contra los doce
 Pares, que soberbios marchan,
 saldremos acaudillando
 nuestras valientes Esquadrás,
 para que tu fama viva,
 á pesar de las contrarias,
 para que Francia lo admire,
 para que le tiemble Italia,
 y para que Roncesvalles
 sea en los siglos plaza de Armas.
Rey. Seais, Brabonél, bien venido.
Brab. Beso, señor, vuestras plantas
 por mí, y por mi Rey la mano.
Rey. Bien os parecen las galas
 de Christiano y Español.
Brab. La amistad une las almas,
 aunque de contrarias leyes.
Rey. Dónde dexais alojada
 vuestra gente?
Brab. En las Fronteras
 de Aragón y de Navarra.
Rey. Está bien, de allí no pase.
Brab. Si el recelo, señor, pasa
 á sospecha, estad seguro,
 que seré firme muralla
 á vuestro Reyno, y tambien
 sabré defender mi Casa.
 Cinco mil Ginetes traigo,
 que con la lanza y la adarga
 á los bridones Franceses
 les darán muchas lanzadas;
 mas mis armas auxiliares

os están subordinadas:
para serviros vinieron,
y yo en empresa tan alta
soy Soldado de Bernardo,
Moros y Christianos manda,
sus órdenes obedezco,
sin él, señor, no soy nada.

Bern. Mucho Brabonél me obliga. *ap.*

Valiente Moro, esò basta,
tu lanza y la mia sobran,
y á mi brazo reguladas,
diré, quando Francia venga,
diré, quando embista Francia:
Servia en España al Rey
un Español con dos lanzas;
de Brabonél la primera,
por huésped y convidada;
de Bernardo la segunda,
defensora de su Patria,
tan leal, que sirve siempre
á su Rey con toda el alma,
y con el alma y la vida
á una Española gallarda.

Rey. Amigos, lo dicho baste,
las obras son las que faltan.

Brab. Desplégúense las Banderas,
soque la trompa y la caxa.

Bern. Instrumentos Militares
avisen á vuestras armas,
y ellas al Sol en que adoro
para que sus rayos salgan,
que los rayos de la Luna
para tanto amor no bastan.

Rey. Partid, Brabonél.

Brab. Tu nombre
celebre en marmol la fama.

Rey. A Dios, Bernardo. *Vase.*

Bern. Sea el mundo
digno blason de tus armas.

Tanc. Fuese ocasion! grave empeño!

Brab. Suerte heroyca!

Bern. Acción bizarra!

Brab. Toca al arma.

Bern. Y á vencer
toque el pífano y la caxa,
para que el mundo conozca,
que amando á un Sol que me abrasa,
espuelas de honor me pican,

si frenos de amor me parán.

JORNADA TERCERA.

Salen marchando por una puerta Bernardo, Brabonél, Tancredo y Monzon, y por otra Sol, Leonor, y las mugeres que pudieren, con sombreros y espadas.

Brab. Hagan alto.

Sol. Hagan alto.

Bern. Sol divina, Sol hermosa,
tú en arma? Quieres que diga,
viendo en Militares pompas
ese valor invencible:
quién eres, fuerte Española?
Mas no diré tal, diré
quién eres; divina antorchá,
que deslumbrando hermosuras,
de todo el Sol te coronas:
tú en la campaña? tú aquí?

Brab. Vive Alá, que me provoca
este valor y este aliento
en la Nación Española,
á despreciar de las Lunas
Africanas la memoria.

Sol. Yo soy valiente Bernardo,
sin aféctar vanaglorias,
de la Casa de Quirós
en las Montañas señora.
Serví á tu madre la Infanta,
quando Castellana rosa
floresió, que al lado suyo
toda hermosa fué corta:
merecí muchos favores,
merecí su gracia toda
en Palacio; y merecí
ser tu mugér y tu esposa;
pués quando estás en campaña
contra Francia, y quando flora
Castilla algún mal suceso,
fuera bien quedar yo sola
en mi casa retirada?
Ni era favor ni lisonja:
con el alma he de seguirte,
Soldado soy de tus Tropas,

perder la vida por tí
y por el Rey, poco importa,
que en mugeres como yo,
mas que la vida es la honra.
Este Esquadron de hermosuras
es guarda de tu persona,
que debaxo de tu mano
vienen á servir zelosas
de la Patria como nobles,
leales como Españolas.

Bern. O claro blason de Asturias
ya con tu presencia sola
será el brazo de Bernardo
rayo, que abrasa y asombra.

Brab. Bien haya muger insignia,
que amando á su esposo, logra
lealtad y nobleza.

Monz. Vaya á la caldera
tras del caldero la soga:
conozca Francia, que como
Pares barbados aborta,
desbarbadas hermosuras
contra ellos España arroja.

Leon. Nosotras, Bernardo, estamos
á tu orden, que nosotras
Soldados tuyos venimos
para, vivir á tu sombra,
y valerosas sabremos
alcanzante la victoria.

Inés. Y advierte, señor, que yo
por criada de tu esposa,
y por tu criada, traigo
mayor licencia que todas,
y con ella un tanto quanto,
un es no es de bufona,
de graciosa iba á decir;
mas no quiero ser graciosa
sin licencia de Monzon.

Monz. Yo te la doy desde ahora.

Bern. De Tancredo espero, y creo
que ha de merecer ahora
el favor que solicita.

Tancredo. Ya por tí mi espada corta
con mas filos que hasta aquí:
ya querrá Dios que conozcas
sangre y valor de Tancredo.

Leon. Eso es lo que mas te importa,
el valor me ha de hacer tuya,

sin él ni aun mi nombre pongas
en tus labios, que será
para matarme ponzoña.

Bern. De nuestro Ejército al centro
se retiren y recojan

Sol y Leonor con su Esquadra.

Sol. Nuestros deseos malogras.

Leon. Quando á pelear venimos,
por qué nos quitas la gloria
de que conozca el Francés
quién somos las Españolas?
Por vida de Alfonso el Casto
y de Sol, á quien adora
mi espíritu, que he de hacer,
porque Francia me conozca,
que á tus pies rindan sus Pares
peros, brazaes y golas.

Bern. Este es orden, los Soldados
no han de replicar, no hay cosa
como obedecer.

Sol. Sin duda, si quieres,
quieres, que yo el orden rompa:
pues advierte, que en llegando,
como dicen, la forzosa,
no me acordaré del orden,
y determinada y loca
me arrojaré por las lanzas,
púrpura vertiendo roxa
de mi sangre y la Francesa,
que soy, para ser Leona,
de Leon, si no de Albania,
de Asturias, si no de Escocia,
bizarro esplendor de Julio,
del Cielo luciente pompa.

Leon. Y yó, que tu rumbo sigo,
daré al bronce y á la historia
blasones que me autoricen
desde el coturno á la gola.

*Vanse Sol, Leonor, Inés y Tancredo
acompañandolas.*

Brab. De este valor presumido
me prometo la victoria:
ya no hay riesgos que temer,
ya los peligros no asombran:
ya, Bernardo, hemos vencido,
que quando una muger sola
de tantos rayos se anima,
de tantos bríos se adorna,

principios son y presagios
de la Francesa derrota.
Pero quíerote advertir,
porque luego la discordia
no malogre tanta dicha
ni destruya tanta gloria,
que he de llevar la vanguardia;
por huésped tuyo me tocas
yo he de recibir la furia
Francesa: toda esta honra
á mis armas y amistad
se debe.

Bern. Brabonél, goza
todo este honor; desde luego
la doy: la vanguardia tomas,
que por mi causa no quiero
que nuestra amistad se rompa.

Sale Tancredo.

Tanc. Con un batidor Francés,
que la estrada discurría,
dió nuestra Caballería.

Monz. Y él habrá dado al través.

Bern. Llegue.
Sale Pierres vestido muy ridiculamente.

Pierr. La guerra, señor,
mi prision ha ocasionado
sirvo á mi Rey: soy Soldado.

Bern. Hombre seréis, de valor.

Pierr. Un pobre Soldado soy.

Monz. Sí, que nunca son señores
los hermanos Batidores.

pero qué mirando estoy

No es Pierres buen lance ha echado,
si es él el es; vive Christo.

Pierr. Diré todo lo que he visto.

Monz. Sí dirá, que es buen criado,
y los que lo son, jamás
supieron guardar secreto.

Tanc. Querrá vivir.

Monz. Es discreto:
quanto quisieres sabrás.

Bern. Conócesme?

Pierr. Desde aquel
gran dia de tu embaxada.

Bern. De Bernardo es esta espada.

Brab. Y aquesta es de Brabonél.

Pierr. Pues, señores, ya que en mi

la libertad se perdió,
mal podrá negaros yo
lo que supe y lo que ví.

Bern. Qué armas y gente contiene
el Ejército Francés?

Pierr. Mucha y muy lucida es:
el poder de Francia viene.

Bern. Quién le gobierna?

Pierr. Roldán.

Bern. Esto importa mas que todo.

Pierr. Si tú de honras de ese modo,
en tí las honras están.

Los carros del bastimento
y las recamaras ricas,
en el batallon de picas
tienen destinada asiento.
Siete mil Caballos son,
y catorce mil Infantes.

Monz. Mosca.

Pierr. Mas qué importa, si antes
se los vende Galalon
al Ejército de España?

Bern. Qué dices?

Pierr. Fué suerte mia
descubrir su alevosía.

Bern. Esa será infame hazaña.

Pierr. Esta noche lo he sabido,
que en ese bosque apretado,
de las sombras ayunado,

lo que han concertado he oído
y como sirvo á Roldán:

Bern. De Roldán eres criado?

Pierr. Sí señor, y su Soldado.

Bern. Siempre los señores dan
plaza á sus criados.

Pierr. Yo
con su licencia salí,
y la traicion entendí;

mas la dicha me faltó,
pues ya no puedo volver

con el aviso á Roldán,
y los traidores podrán:

Bern. Sin mí cómo han de poder?

Pierr. Es terrible la ocasion,
y siempre, señor, ha sido

el traidor aborrecido,
y admitida la traicion.

Bern. Solo por eso he de darte

libertad, para que así
no piense el mundo de mí,
que en la traicion tengo parte:
libre estás.

Pierr. Besarte quiero
los pies.

Bern. Tu partida ordena,
y llévate esta cadena.

Dale una cadena.

Pierr. Vuelvo á ser tu prisionero,
que en sus ricos eslabones
y en tú heroyca bizarria,
dirá la libertad mia,
que una cadena la pones.

Monz. Señor, que es Pierres, á quel
criado de Don Roldán

Pierr. Y espero ser Capitan.

Bern. Qué mucho, si honrado y fiel
sirve á su dueño?

Monz. Esto escucho?
y yo no sirvo, señor?
éntrome á ser Batidor,
si el ser Capitan no es mucho.

Bern. Vete, y dí que tuve en poco
de la fortuna ese halago,
que ni del traidor me pago,
ni de la traicion tampoco.
Que la justicia y razon
me prometen mayor gloria,
y no quiero la victoria
por mano de Galalon.

Dí á Roldán, que no admití
la traicion de aquel cobarde,
que de Galalon se guarde,
pero que me busque á mí.

Y esto le dirás tambien
á ese Francés arrogante,
que venga á cobrar su guante,
si pretende quedar bien.

Y que de guardarse trate
de traicion tan conocida,
que yo deseo su vida,
porque mi mano le mate.

Y á Galalon, si algun dia
le vés, que pienso pagar
con mandarle alancear
su traicion y alevosía:
que yo atento á mi decoro,

no pondré la mano en él,
mas que morirá el infiel
á la lanzada de un Moro.

Monz. Y zurdo, que diz que son
peores, si bien me acuerdo:
lanzada de Moro izquierdo
atraviase á Galalon.

Bern. Partid.

Pierr. El sacro Laurel
vea tu frente vencedora.

Hace que se vá, y Brabonél le detiene.

Brab. Tened, que yo salto ahora.

Decidle, que Brabonél,
con cinco mil Africanas
lanzas le espera, aunque son
en la Francesa opinion
armas y defensas vanas:
que con ánimo gallardo
desean verse con él
la lanza de Brabonél,
y la espada de Bernardo.

Pierr. Voy con eso.

Monz. Paso, paso,
que á Monzon tambien es dada
su poquito de embaxada.

Dígale á Roldán, si acaso
se le ofreciere ocasion,
que es Galalon un alevé,
y que á Bernardo le debe
este aviso y á Monzon.

A Dudon, que está dudando
su fortuna siempre enferma;
y á Gayferos, que Belerma
le está en Sansueña esperando.
A Galvan, que todos van
muy vestidos de Romeros,
porque en sus claros aceros
no los conozca Galvan.

Bern. Acaba, necio.

Pierr. Señor,
luego parto á obedecerte. *Vase.*

Monz. No ha tenido mala suerte
el señor Don Batidor.

Bern. Amigo, á poner la gente
en orden de pelear.

Brab. Tu orden sigo.

Bern. Y á pensar,
que el mas presto es mas valiente,
Aquel



Aquel que acomete, gana
el embite y todo el resto.

Brab. Pues yo para ser mas presto,
traigo cólera Africana;
y si por diversos modos,
ya la ocasion nos convida:-
Bern. Sea España defendida
por Africanos y Godos.

Vase con Brabonél.

Monz. Habiendo de pelear,
me viene á pedir de boca
la ocasion: Pierres me toca,
á Pierres voy á buscar.

Vase.

Salen Roldán Oliveros y Pierres.

Rold. Que eso pasa! que Bernardo
te envia! bizarra accion!

Pierr. Para que de la traicion
te dé aviso.

Rold. El es gallardo:
y cómo fué?

Pierr. Yo llegué
á donde tanta maldad
trataban, y allí escuché
de Galalon todo el caso.
Dixelo á Bernardo, y él,
aunque enemigo, fiel
me dió libertad y paso
para venir á contarte
lo que intenta Galalon,
y afeando la traicion,
se mostró muy de tu parte;
y esta cadena me dió,
premiando mi accion leal.

Enseñale la cadena.

Rold. Tiene, al fin, sangre Real,
y con su sangre cumplió.
A pesar del Magancés,
hoy se ha visto en un crisol
la lealtad de un Español,
y la traicion de un Francés.

Pierr. Pues guárdese el de Maganza,
que ya esgrimen contra él,
ó Bernardo ó Brabonél,
de dos hierros una lanza.

Oliv. El temor de tu arrogante
Exército á tanto obliga.

Pierr. También me mandó, que diga

vayas á cobrar el guante,
ya que en la ocasion estás
libre del traidor: y pues
él hace como quien es,
tú como quien eres haz.

Rold. Mirad si es temor: y yo digo,
que es bizarría y despejo,
y que es el primer consejo
mejor el del enemigo.
Tan reconocido estoy
á su generoso pecho,
que diera por haber hecho
la accion, quanto valgo y soy.

Tocan dentro al arma.

Oliv. A questo es anticipar
los Españoles aceros.

Rold. Pues á pelear, Oliveros,
amigos, á pelear,
que ya solo en esto estriava:
y pues que de la traicion
nos libran de Galalon,
viva Francia.

Oliv. Francia viva.

Dentro ruido de batalla.

Rold. Pero, qué es esto? hasta aquí
rayos esgrimiendo llega
un Esquadron de hermosuras,
un milagro de bellezas.
Soldados, tened, tened,
ninguna espada se atreva,
á profanar lo sagrado
de tanto esquadron de Estrellas.

*Salen Doña Sol, Doña Leonor, Inés, y las
mugeres que pudieren con las espadas
desnudas y Monzon.*

Sol. Dexa, Capitan, que todos
peleen, no los detengas,
que en la bizarría de España,
en las nobles Montañasas,
no cabe temor ninguno.

Rold. Ni Francia mide sus fuerzas
con mugeriles aceros.

Monz. Por Dios, que la hicimos buena:
que de tu tienda salieses
á tanto peligro expuesta!

Sol. Pues yo vine á la campaña
para quedarme en mi tienda,
ó para morir al lado

de un esposo ?

Rold. Heroyca prueba

de valor ! Quién sois , señora ?

Sol. Quien este Esquadron gobierna,
quien rige estas Amazonas,
y quien primero que sepas
quien es , perdiendo la vida,
satisfará tanta deuda.

Del campo soy de Bernardo,
á tus Soldados ordena,
que para mayor victoria
nuestro Esquadron acometan,
que como todo tu campo
le rinda , cautive ó prenda,
no puede alcanzar mas gloria
la Monarquía Francesa.

Mas primero , mas primero
que la victoria merezcas,
ha de costar tantas vidas
de los que audaces lo emprendan,
que de este campo las flores
nadando en sangre se vean,
quedando , sino marchitas,
pálidas , místicas y yertas.

Rol. Si en el campo de Bernardo,
si en sus valientes Banderas
tales Soldados militan,
á la fortuna no tema.

Ocasion me ha dado el Cielo *ap.*
para que en ella agradezca
lo que ha hecho por mí Bernardo.
Francia y el mundo lo entiendan:
Soldados , valientes Pares,
celebrad la acción mas nueva.

Monz. Señor , mira que es:

Rold. No quiero,
quando ella misma la niega,
que me digas quien es , calla,
ni me avises ni la ofendas.

Monz. Salí en busca de su esposo
tan determinada y ciega
con el esquadron volante
de bizarras Leonesas:-

Rol. Ya te he dicho que no quiero
saber ahora quien sea:
basta saber , que á Bernardo *ap.*
le debo honradas ausencias.
Un comboy de cien Soldados

con estas señoras vuelva,
hasta dexarlas seguras
en su quartel ó en su tienda,
que si Bernardo envió libre
á mi criado , no es esta
menor accion que la suya;
y tú para que lo sepa,
le dirás lo que ha pasado
y has visto , mas que se queda
nuestrá enemistad en pie,
pues á embarazar no llegan
las leyes de cortesía
á los lances de la guerra:
volved , señora , y no os pese
de qué yo galan parezca
con las Damas Españolas.

Sol. Plugüiera Dios yo pudiera
hacer que fueseis amigos.

Rold. No es posible.

Leon. Qué nobleza !

Oliv. Sabes lo que has hecho ?

Rold. No,

basta que el mundo lo sepa.

Monz. Vamos , señoras , que ya
aquí el comboy nos espera,
y yo me adelanto á darle
á Bernardo aquesta nueva;
para ganar mis albricias,
y pescarle otra cadena.

Rold. Aquesto hace Roldán.

Sol. Roldán sois ? el Cielo quiera,
que aquestos odios se acaben.

Rold. Quando España nuestra sea
se acabarán.

Sol. Pues creed,
que ha de durar la pendentia
muchos siglos.

Rold. No me coge
de susto esa mala nueva.
Id soldados , sin faltar
al decoro y reverencia,
comboyando á estas señoras.

Sol. El bronce y el marmol sean
digno blason de tu nombre.

Leon. Gran valor !

Rold. Kara belleza ! *Vanse.*

Salen Bernardo , Brabonel y Tancredo.
Bern. Buscando á Sol , que perdida

por entre aquesta maleza
la lleva su gentileza,
poniendo á riesgo su vida,
vengo, Brabonél.

Brab. Espera,
que si no miente el ruido,
házia acá me ha parecido
que se acerca un hombre.

Bern. O, quiera
el Cielo (sin vida estoy!)
que halle alivio en mi pesar:
quiero salirle á buscar.

Brab. Ya llega.

Bern. Quién es?

Sale Monzon alborotado.

Monz. Yo soy.

Bern. Qué traes? de dónde has venido?
y mi esposa?

Monz. Atiende un rato,
y te diré de varato
todo lo que ha sucedido:
Tu esposa y todas sus Damas,
retiradas en tu tienda
(para que el Francés no entienda,
que tú te andas por las ramas)
oyendo al arma tocar,
Sol, que es un Cielo y un Mayo,
se adelantó como un rayo
á ayudarte á pelear.

Roldán viendo la arrogancia,
deslumbrándole su cielo,
puso á sus pies por el suelo
todos los Pares de Francia:
tan bizarro y tan apento,
que sabiendo que á un Soldado
suyo libertad le has dado,
te paga cién mil por ciento.

A tus Soles y á tu Sol
comboyándolas te envía:
por Dios, que esta es bizzaría
de valeroso Español!
Con lindos desembarazos
te envía tu esposa fiel:
pero en viéndote con él,
te ha de hacer dos mil pedazos.

Toma, señor, mi consejo,
y por una y otra hazaña
dá licencia, que en España

le quitemos el pellejo:
que si conmigo justara,
como ha justado contigo,
yo le tirara al ombligo,
y esta guerra se acabara.

Bern. Heroycá accion! gran victoria
la fama, el mundo la alabe,
si en humanas lenguas cabe
tanto laurel, tanta gloria.
Venció Roldán, ya venció:
con sola esta bizzaría
baxó la balanza mia,
y su balanza subió
á mas supremo lugar:
Brabonél, no hay mas que hacer.

Brab. Sí, mas cayó sobre haber
enseñádole tú á obrar.
Primero fué tu hidalguía,
tú el camino le enseñaste,
á su criado libraste
y á él de tanta alevosía;
y aquellas líneas siguiendo,
no pudo errarse.

Bern. Es así:
apénas he vuelto en mí.

Brab. Que todo el marcial estruendo
desprecie un amor constante,
y que se halle en la muger
esfuerzo para vencer
del temor fiero el semblante!

Bern. Ya envidio el Francés valor,
ya deslució la accion mia,
pues pagó mi cortesia
y aun con moneda mejor.
No en la propia me ha pagado,
no, que para mayor palma,
él me restituye el alma,
si yo le vuelvo un criado:
mucho debo á mi fortuna.

Monz. Ten, sin embargo, recelo,
pues Roldán, en quanto al duelo
no hizo novedad ninguna.

Bern. En eso estamos iguales,
Monzon, que con esa mesma
circunstancia le envié
con su criado la nueva
de aquella traicion cobarde,
de aquella aleve cautela.

y pues frente á frente estamos,
 y las enemigas lenguas
 no dirán , que nos valemos
 de indignas estratagemas;
 pues ya ha llegado el certamen,
 y la marcial academia
 al són de trompas y caxas
 nos convida y nos alienta,
 hoy es día de vencer
 ó morir : ninguno vuelva
 cobarde el rostro al peligro,
 infame espalda á la ofensa.

Brab. Lo propio digo á los mios;
 pero Africanas centellas,
 con los bridones Franceses
 á escaramucear comienzan:
 Bernardo , vuelve á mirarlos.

Tanc. A nuestro Esquadron se acerca
 una Tropa de enemigos.

Monz. Llegue , que á buen puerto llega.

*Salen Roldán , Oliveros y Piorres con las
 espadas desnudas.*

Dent. unor. Santiago. *Caxas.*

Dent. otros. San Dionís.

Rold. Soldados , aquí se encierra
 la dificultad aqui.

Bern. Eso busca quien pelea.

*Embistente , y habiendo peleado en el ta-
 blado , se retiran los Franceses , y van
 sobre ellos los Españoles , volviendo
 á salir Bernardo y*
Roldán.

Rold. Ya te ha buscado , Bernardo,
 olvida á una parte , dexa
 las hidalgas cortesías,
 las cortesanas fuezas.

Bern. Mas valor es no olvidarlas:
 quien las olvida , las niega,
 y yo negarlas no puedo,
 que siempre es mejor vencerlas,
 que negarlas.

Rold. Decís bien:
 miéntras los campos pelean,
 vengo yo á cobrar mi guante,
 y á llevarme tu cabeza,
 por la sangre que en la justa
 derramaste de mis venas.

Bern. No será , Roldán , muy fácil.

Rold. El acero y no la lengua
 ha de hablar.

Bern. Muy bien has dicho.

Rold. Pues ajustar la materia,
 porque la victoria cante
 el que valeroso venza.

Bern. Ya esgrimo el valiente acero.

Rold. Y ya en mi brazo te esperan
 los filos de Durindana. *Riñen.*

Bern. Valiente , Francés , peleas.

Rold. Bizarro eres , Español.

Bern. Saqué del León la guedexa.

Rold. Tus golpes son poderosos.

Bern. Ahora , Roldán , empiezan.

Rold. Herido , Bernardo , estoy.

Bern. No será la vez primera.

Rold. Sagrada Deidad te ánima.

Bern. La razon sola me alienta.

Rold. Bien se vé.

Bern. Rinde la espada.

Rold. Porque ninguno posea
 á Durindana , la haré
 pedazos en esta peña:
 muerto soy : há Roncesvalles,
 sepulcro de armas Francesas !

*Mete la espada en un peñasco , y cae
 muerto adentro.*

Bern. La espada embaynó (qué asombro !)
 en el peñasco : gran fuerza,
 pero no será menor,
 si de bayna tan estrecha.
Saca la espada del peñasco.
 yo la sacaré. Murió
 Roldán , y su espada es esta,
 que en la Armería de Alfonso
 pendiente de su correa,
 será blason que publique
 mi victoria y su tragedia.
 Murió el Francés mas bizarro:
 y aparte la diferencia
 tan reñida , y que á mi Patria
 debo amarla y defenderla.
 Vive Dios , que me ha pesado,
 que la enemistad no llega
 á reconocer venganza
 en quien bizarro pelea:
 pero tan solo he quedado,
 que apenas escucho , apenas

de un solo tambor se oyen
los golpes de la baqueta.

Qué suceso habrán tenido
mis Soldados en mi ausencia?

Cantan. Mas te queda que vencer,
mas victoria quieren darte,
quando de los enemigos
los ménos la hagan mas grande.

Bern. Voz misteriosa, qué dices?
mi victoria aun no es bastante?
mas me queda que vencer?
mas contrarios me combaten?
Pues viva Alfonso, que yo,
para que sus glorias cantes,
prodigiosa voz, seré
instrumento, cuyas claves,
torciendo enemigas cuerdas,
ó las temple, ó las quebrante.

Dicen dent. Viva España, y Francia llore
suceso tan lamentable.

Bern. Pero qué miro! mi esposa
con un Esquadron volante
viene ahora, y decir puedo
que el Sol en sus ojos nace.

Salen Sol, Leonor é Inés.

Sol. Bernardo, ya mis temores,
en viéndote se acabaron.

Bern. Y en tí, señora, empezaron
mis glorias y mis favores.

Leon. Ya de Roldán la arrogancia
Francesa has puesto á tus pies.

Sol. Ya mira el campo Francés
sin luz las Lises de Francia.

Bern. Si mirándome estuviste,
poco tuve yo que hacer:
tú me ayudaste á vencer,
tú la victoria me diste.
Para ofrecerte en despojos
la gloria en tan breve plazo,
cada golpe de mi brazo
era un rayo de tus ojos.
Tan tuya, Sol, es la gloria,
tan poco me debo á mí,
que se paró el Sol en tí
para alcanzar la victoria.

Sol. Tu gran valor la ha alcanzado.

Bern. Lo mas que pude yo hacer,
fué dar al mundo á entender,

que Roldán no era encantado:
y si lo era, no me espanto
de tan extraña aventura,
que al rayo de tu hermosura
se desvaneció el encanto.

Dentro. A los mas profundos valles
lanzas llegan y paveses.

Sale Braboné vestido de Moro.

Brab. Mala la hubisteis, Franceses,
la rota de Roncesvalles.

Dentro. Victoria España.

Brab. Ya dan
la victoria declarada
estás voces.

Bern. Y esta espada
la muerte de Don Roldán.

Brab. Murió el Paladín?

Bern. Murió
valiente quanto infelice,
que al valor no contradice
la dicha del que venció:
mas por qué el trage has mudado?

Brab. Porque despues de vencer,
quiero esa lisonja hacer
al que ofendí despreciado:
á mi trage hice este ultraje,
y pues tantas dichas veo,
quiero gozar el trofeo
de la victoria en mi trage.

Bern. No te entiendo.

Brab. Yo sabré
darme á entender.

Bern. Quando?

Brab. Luego,
pues generoso te entrego
la victoria que alcancé.
Ahora es ocasion, fortuna, ap.
ahora es tiempo de ayudarme,
que ufano y vencedor me hallo
con Ejército bastante
para ser dueño de todo,
aunque la amistad se acabe.

Bern. Ahora, amigo Braboné,
solo falta el ajustarse
la materia entre los dos,
haciendo partes iguales.
Escoge, elige el primero,
tratando de contentarte

con la gloria del vencer,
ú el interés del pillage,
ó la honra ó el provecho:
escoge una de estas partes,
porque yo pueda después
tomar la que tú dexares.

Brab. Modestamente me obligas,
la particion es galantes
yo la vanguardia llevé.

Bern. Porque tú me lo rogaste,
que la vanguardia era mia.

Brab. Yo vencí á los doce Pares.

Bern. Ya los habia vencido
ántes que á verlos llegases.

Brab. La gloria del vencimiento
me toca de parte á parte;
de quien vence es el despojo:
segun esto, no te canses,
que todo es, Bernardo, mio.

Bern. Mucho llegará á pesarme,
si soberbio no te ajustas
á pactos tan razonables;
yo le dí muerte á Roldán,
y como tú mejor sabes,
Exército sin cabeza
puede poco y poco vale.

Brab. Todo es mio.

Bern. Nada es tuyo.

Brab. Sabes quién soy?

Bern. No te alabes.

Brab. Puedo hacerlo.

Bern. No es cordura.

Brab. Es valor.

Bern. Es propio ultraje.

Brab. Brabonél soy.

Bern. Yo Bernardo.

Brab. Valgo mucho.

Bern. Nada vales,
porque quien todo lo quiere,

todo lo pierde y deshace:

seamos, Brabonél, amigos.

Brab. En vano me persuades:
victoria y despojo es mio.

Bern. Qué soberbio está el Alarbe! *ap.*

Brab. Esto ha de ser, vive el Cielo.

Bern. Pues quien no sabe obligarse
de la cortesía, sufra,
que en todo con él se falte;

y ahora entiendo la razon,
por qué de trage mudaste,
y me huelgo, pues ya puedo
en tan diferentes lances,
si te miré como amigo,
como á enemigo mirarte.

Sol. Señor, de los enemigos
los ménos.

Bern. Sentencia grave!
esto aquella voz me dixo:
Moro, trata de guardarte.

Brab. Si haré, que tambien conmigo
habla esta voz que escuchaste;
enemigos sois, y siendo
ménos, seré yo mas grande:
en la campaña te aguardo.

Bern. No es menester que me aguardes:
preveníos, Leoneses mios.

Brab. Lo mismo mi gente hace.

Bern. Ahora veremos si iguala
tu razon á tu corage.

Brab. Verá el mundo mi valor.

Bern. Ninguno podrá culparme,
pues te rogué con lo justo
cortés, quando tú arrogante.

Brab. Al arma toquen las trompas.

Bern. Bráme el bronce y gima el parche.

Brab. Viva Marfirio.

Bern. No viva

sino Alfonso, cuya sangre
en mis venas, deshará
tus Banderas y Estandartes.

Sol. Contra los Moros, quién duda
que podemos ayudarte
las Leonesas Amazonas?

Leon. Ahora es tiempo de emplearse
nuestros aceros, conozca
el mundo nuestras lealtades.

Brab. Al arma, Africanos mios.

Bern. Leoneses, muera el Alarbe.

*Tocan al arma, vanse Brabonél por una
puerta, y Bernardo y los suyos por otras
dase la batalla dentro, y sale Bernardo
peleando con Brabonél y le mata, y
luego salen Sol, Leonor, Tancredo
y Monzon.*

Bern. Esto es lo que me faltaba
por vencer; ya son iguales

Africanos y Franceses.

Brab. Venciste, bizarro Marte,
y mi soberbia me ha muerto. *Cae.*

Tanc. La fama tus hechos cante.

Sol. Lises y menguanres Lunas
juntas á tus pies se abaten.

Bern. A los tuyos, Sol, las pongo,
para que desde ellos pasen
á los de Alfonso, diciendo
las venideras edades,
que yo de los enemigos
los menos quise dexarle.

Monz. No es nada, vayanle echando
Braboneles y Roldanes,
como quien á la tarasca
caperuzas que se trague.

Leon. Toda la campaña es suya.

Bern. Entre tantos Capitanes
Tancredo famoso ha sido:
y pues que debo premiarle,
suya es Leonos.

Tanc. Soy tu hechura.

Bern. A Leon el campo marche,
donde se hará el casamiento,
pues me toca apadrinarles.

Leon. Yo te obedezco.

Bern. Y aquí

dá fin la segunda Parte
del de Saldaña, y los Hechos
en Francia y en Roncesvalles
de Bernardo, desmintiendo
hechos y lenguas mordaces.

F I N.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de Joseph
y Thomás de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se
hallará esta y otras de diferentes Títulos.

Año 1776.